

Oíase en efecto el galopar de un caballo en el camino.

El ruido cesó de pronto, y en la puerta de la casa resonaron dos golpes secos. Lanzóse Cortomontel á la ventana, y viósele al punto levantar al cielo los brazos al mismo tiempo que exclamaba estupefacto :

— ¡El señor caballero de Arma! ¡Mi vencedor, mi joven dios!... ¡El señor caballero de Arma, con el cadáver que se llevara el barón Botan, mi compadre!...

IX

LAS HORCAS PATIBULARIAS

Levantábase el patíbulo de Montfaucon en el extremo límite del arrabal San Martín, al final de la calle de los Muertos, en una eminencia ocupada hoy por el hospital San Luis.

El conjunto del patíbulo se componía de un macizo de albañilería hecho como vulgarmente se dice de cal y canto en forma de plataforma rectangular de catorce metros de largo por diez de ancho, al cual se llegaba por una pendiente rocosa.

Apoyándose en dicha plataforma alzábase una siniestra construcción compuesta por diez y seis pilares cuadrados, en piedra de talla, unidos unos á otros á mitad de su altura, así como en su parte superior, por dobles hileras de vigas mal desbastadas de las que colgaban, á modo de franjas, cadenas errumbrosas por el contacto de la lluvia y también por el de la carne de los pacientes cuyas vértebras habían quebrantado.

Algunas escaleras de mano se apoyaban contra los pilares. Eran las que servían para izar á los condenados.

En el centro del macizo de que hablamos abriase una especie de cueva con reja de hierro destinada á servir de osario para los cuerpos de los ajusticiados.

Por último, un poco antes de llegar á las horcas patibularias, precisamente en el ángulo de la huerta del Temple y del cementerio San Lorenzo, veíase un calvario ante el cual eran confesados *in extremis* los condenados á sufrir la última pena por los monjes *de la cuerda* ó cordeleros á quienes tal función estaba particularmente encomendada.

Relapsos, felones y otros dignos ciudadanos que pasaban por ser carne de horca, iban á pie hasta Montfaucon para terminar allí su carrera; y como la jornada era larga, érales permitido, en virtud de una antigua costumbre, hacer alto en el convento de Arrepentidos donde los religiosos les obsequiaban con una comida frugal pero substanciosa.

En tiempos de los Capetos y de los Valois, especialmente durante el reinado de Luis XI, que hizo ahorcar á Oliverio Le Dain, su barbero, no era cosa rara ver cinco ó seis docenas de cadáveres balanceándose á la vez en las gigantescas y siniestras horcas, en torno á las cuales revoloteaban siempre verdaderas legiones de cuervos y aves carnívoras. Más tarde, disminuyó algo el celo de los proveedores de horca, pero aún, en la época de que hablamos, veíase bastante animado, y con frecuencia, el famoso patíbulo de Montfaucon.

Aquel día, primero de Abril de 1577, pequeños

grupos de exentos, arqueros y gentes de armas salieron desde el amanecer de París por las puertas San Martín, San Dionisio y del Temple, dirigiéndose todos hacia Montfaucon.

Al llegar allí ocultábase cada grupo en una anfractuosidad de la siniestra colina, ó al amparo de los rudos zarzales que crecían en libertad á su derredor, en forma tal y con tanto cuidado, que hubiérase dicho que el sitio se hallaba desierto, hasta el punto de que los cuervos, tranquilos, continuaban revoloteando en círculo en torno de las horcas.

Tan inusitado alarde de fuerzas policiacas hizo pensar á los tranquilos habitantes de los pantanos del Temple y San Lorenzo que sin duda iba á procederse á una ejecución monstruo, de muchos bandidos de calidad. No era así sin embargo. En realidad, las órdenes de movilización, emanadas de dos grandes autoridades á la vez, aunque sin previo acuerdo entre una y otra, se inspiraba en el deseo de apoderarse de un solo hombre: Matraca.

Sí, señor; el ventruado escudero tesorero, nuestro Sancho bearnés, perezoso y avaro, el satélite de Sed de Amor, veíase embarcado en una inconmensurable serie de lúgubres aventuras desde el punto y hora en que concibió la desdichada idea de ir en busca de su amo al Prado de los Clérigos.

Pero antes de hablar de él, expliquemos de dónde procedían y cómo fueron dadas órdenes tan poco en proporción con la menguada defensa que podía oponer tan pacífico personaje.

Estupefacto y lleno de horror Enrique III por efecto de las revelaciones que le hiciera Mammout el Rojo, hubo de encerrarse la víspera en sus habitaciones, prohibiendo terminantemente que se le molestase como no fuera para darle cuenta de la introducción secreta en el Luvre del cuerpo de Juan du Gaz, ó de la llegada del maestro Ambrosio Paré, quien debía inevitablemente llevarle nuevas referentes á la salud de Maugirón.

Proponíase dar libre curso en la soledad á su dolor, y llorar, sin que nadie lo viera, la destrucción de la belleza del más amado de sus favoritos.

La pena de Enrique III era sincera. Guardó dieta y cuarto todo aquel día, y ocupóse en inventar maceraciones y plegarias para obtener del cielo la curación de su favorito al mismo tiempo que el castigo de quien le privara de uno de sus hermosos ojos.

Cuando los miñones se presentaron para ofrecerle sus respetos supieron con extrañeza que el rey no recibía. Sin duda se hallaba enojado con ellos y quería probárselo no admitiéndolos á su real presencia. Todos ellos, de O, Nemours, Joyeuse, San Megrin, Quelus y Libarot se retiraron con las orejas gachas.

A la caída de la tarde solamente recibió el rey la visita del célebre cirujano calvinista, y por él conoció la terrible verdad: Maugirón, desfigurado, no se parecía ya, no se parecería nunca más al Maugirón que él, el rey, había conocido.

Luego llegaron hasta él, simultáneamente tres noticias más.

La primera, que ningún conductor de cadáver habíase

presentado en la poterna del Luvre, de la que en cambio había sido preciso arrojar casi á la fuerza á un extraño é indiscreto personaje que parecía hallarse al corriente de las idas y venidas del hombre del mulo.

La segunda procedía del marqués de Villequier. Habíase enterado el canciller, por la propietaria de la casa de las miñonas que estuviera á hacerle una visita reglamentaria, de que el fantástico interrogador que con ella habíase cruzado en el portillo, se parecía mucho á un cierto Cortomontel, aventurero perseguido por sus hazañas en encrucijadas y caminos reales.

La tercera y última dábasela el mago rojo, quien había podido ver en su espejo mágico que el hombre del mulo cargado con el cuerpo de Juan du Gaz, — su asesino disfrazado probablemente, — habíase evadido de Paris por la puerta San Antonio y se dirigía hacia el norte dando vuelta á los arrabales.

Tal fué el origen de las instrucciones dadas á los gendarmes reales. Estos debían rodear el Marais, capturar al mulo macabro, y llevarlo al Luvre con su carga, no sin ahorcar previamente á su amo.

Por otra parte, como Catalina de Médicis tenía empeño en hacer que desapareciese hasta la huella más leve del crimen cometido por orden suya, hubo de lanzar hacia Montfaucon, desde las primeras horas del siguiente día, á todos los arqueros y exentos de que podía disponer, con misión de estrangular por la cuerda á cualquiera que pretendiese cometer la vergonzosa parodia de colgar en las horcas de justicia á un animal muerto.

Es de suponer que si el inofensivo Matraca hubiera podido sospechar lo que le esperaba al fin de su jornada, habríase apresurado á desembarazarse de su perro sarcófago, de sus compañeros hampones y hasta del guarda-ropa de su compadre para saltar sobre el mulo y alejarse á toda prisa en busca de países más hospitalarios.

Desgraciadamente para él no sabía nada: y guiado por el cebo de los prometidos escudos más aún que por su cicerone Nataniel el leproso, arreaba alegremente al mulo riñéndole por su pereza y se volvía á cada paso para animar á Ripaudier, Fargas el tonto y Cuello azul que tras él marchaban con pena, gemebundos y mal-trechos.

Habían ya dejado bien atrás Picpus, la Cruz Faubin, Popincourt y Bañolet, cuando al bordear la huerta del Temple hubo de percatarse Matraca por la primera vez del efecto que sus acompañantes producían en las personas con quienes se cruzaban; todas ellas apresurábanse á alejarse de aquellos estropeados de caras patibularias y miraban con espanto la singular carga del mulo.

— ¡Pues no hacen pocos ascos los señores! — murmuraba. — Creo que harían menos, si supieran á cómo me van á pagar esa piel de perro, y sobre todo si hubieran ellos de cobrarla.

De pronto se estremeció.

— ¡El cielo me asista! — dijo. — ¿Que es eso que se descubre ahí cerca?

Nataniel, que parecía no hallarse muy á gusto, respondió en el acto:

— Es la colina de los ahorcados.

En aquel momento se hallaban en lo alto de la calle de los Muertos, y veían pastos á su izquierda, y á la derecha los contrafuertes de una cuesta sombría.

— ¡Y ni un alma viviente en esta ladronera! — gruñó Matraca. ¿Dónde está el patíbulo?

— Ahora lo veréis, al mismo tiempo que la cruz del término; — dijo Nataniel. — Cuando se llega de San Lorenzo, se le ve de lejos.

— Cualquiera diría que esos matorrales se mueven; — observó Matraca, decididamente inquieto.

— Es el viento.

— Y algo que brilla en las anfractuosidades ¿lo produce también el viento?

Nataniel contestó con voz insegura:

— Deben ser las pupilas de los cuervos y otros avechuchos... No es eso lo que falta por aquí.

De pronto, ¡horror! pareció abrirse la colina para dejar al descubierto el real gehena.

El espantable esqueleto de piedra levantaba hacia el cielo sus diez y seis brazos descarnados; y al mirar aquel horrible amasijo de pilares, vigas, escaleras y cuerdas, hubiérase creído contemplar una monstruosa Parca hiladora de eternidad.

El bearnés estaba aturdido. Y eso que el patíbulo no se hallaba adornado, como en los días solemnes, con racimos de cadáveres. Debió dejarse sentir en los días precedentes penuria de condenados y sólo colgaban de las horcas dos infelices á quienes la muerte había sorprendido en plena contorsión inverosímil.

No obstante su aturdimiento pensó en que sería muy conveniente aprovechar la ausencia de toda indiscreta mirada por aquellos alrededores para llevar á buen término la sacrilega comedia que les fuera encomendada. Matraca hubiera querido oponerse á la profanación, pues consideraba como tal lo que iba á hacerse con el cuerpo del pobre gentilhombre por él recogido en el Prado de los Clérigos, pero no se atrevió á impedirlo, y asistió medusado, en estado de ataraxia sonambúlica, y sin darse siquiera cuenta de lo que hacían, á las macabras operaciones realizadas por el equipo de truhanes contratados por el difunto Pielnegra.

Los miserables no perdían el tiempo : antes al contrario, dábanse toda la prisa posible, á fin de ponerse cuanto antes al abrigo de toda persecución en la hospitalaria Corte de los milagros.

Comenzaron por desembarazar al mulo de su pesada carga, que arrastraron enseguida hasta el pie de una escalera, izándola luego de mano en mano.

Matraca presenciaba sin verla la lúgubre ascensión. Sentía un miedo horrible, los oídos le zumbaban, y parecía que toda una legión de monstruos invisibles se ocultaba allí cerca tras los matorrales, y hasta bajo las piedras que formaban la plataforma.

¿Ilusión de sus sentidos? No. En el preciso momento en que los tres truhanes heridos sumando sus fuerzas lograban levantar la piel cosida del moloso é introducir su cabeza en el nudo corredizo que les presentaba Nataniel, un falso movimiento de Fargas fué causa de

que estallase la costura al nivel del cuello, apareciendo á la vista parte de una sobreveste de encaje. Y como si tal imprevisto accidente hubiera sido una señal, la colina entera pareció sacudida por un estremecimiento convulsivo. Exentos, arqueros, gentes de armas parecían brotar de la tierra en tal número que en un momento quedó cercada la plataforma por dos ejércitos.

— ¡Rendíos, miserables, relapsos, profanadores de cadáveres! — gritó el jefe de los gendarmes reales. — ¡Rendíos!

— ¡Que los ahorquen! — decían otros.

— ¡Si, sí; un ejemplo! ¡Hay que hacer un escarmiento!

Perspectiva tan poco grata pareció dar alas á los truhanes. Viendo que los soldados se disponían á asaltar la plataforma, dejaron caer su víctima inerte, y precipitándose de la escalera, lanzáronse hacia la cuesta rocosa que descendía en dirección á San Lorenzo.

Solo Matraca permaneció inmóvil. Rodeado, empujado, golpeado brutalmente por veinte brazos formidables, incapaz de iniciar movimiento alguno de defensa, sintióse izado á su vez hacia la escalera fatal.

— Señores, señores, — gemía el hombre procurando hacerse más pesado aún de lo que era, — no tan alto por Dios; reparen sus mercedes que yo nada hice...

— Ya te lo dirán de misas, bandido; le dijo uno.

— ¿Yo un bandido? ¿Bandido yo, que soy escudero, y propietario en mi tierra, y cajero...

— ¿Callarás de una vez, maldito lenguaraz? Ahora vas...

— ¿Dónde? ¿Dónde voy? — clamaba angustiadísimo Matraca.

Y su horror creció hasta hacerse inconmensurable al serle respondido :

— ¡A la cuerda! A la misma de que querías colgar á ese perro que dicen que es cristiano.

— ¡Alto! — ordenó el escudero.

Intimidados por audacia tanta, los esbirros, se detuvieron. Pero su vacilación duró sólo unos instantes. Nada podía esperar Matraca de sus verdugos.

Éstos le mantenían en equilibrio sobre una de las vigas transversales de la parte alta del patíbulo, desde donde el desdichado dejó errar su mirada vacilante por el inmenso espacio que le rodeaba.

Mas allá del calvario destinado a la confesión *in articulo mortis*, iniciábase la cuesta mal entretenida de la calle de los Muertos, por la que habíanse alejado los supervivientes de la partida reclutada por Pielnegra, dejando allí solo al pobre escudero.

— He aquí, — pensaba él — la alta posición á que debía llegar el hijo de mi padre... ¡Ah! si el señor caballero pudiese verme ahora, ¿qué pensaría de su servidor y hermano?

Así decíase en su fuero interno, esperando que las gentes de policía terminasen sus preparativos, cuando le pareció ver que en la parta baja de la calle de los Muertos se levantaba como una ligera nube de polvo. Luego distinguió claramente que la nube aumentaba en proporciones á medida que iba acercándose. ¿Rodeaba amigos ó enemigos?

Los polizontes debieron aceptar la segunda de estas dos hipótesis, y activaron sus preparativos fúnebres.

En aquel momento veíase ya muy bien en el centro de la nube de polvo un blanco corcel montado por dos jinetes espada en mano, mientras que sobre el cuello del corcel balanceábase una forma humana; la de un tercer personaje, muerto sin duda.

A pesar de su carga aplastante el caballo galopaba como un torbellino saltando á saltos formidables la distancia que aun le separaba del patíbulo.

Cuando ya estuvo cerca, uno de los jinetes gritó con voz formidable :

— ¡Eh vosotros! dejad libre á ese hombre ¡vientre del diablo! ó por el nombre que llevo que he de tocar á muerto en vuestros cráneos. Y tú, imbécil, no temas nada, que aquí estoy yo...

El pobre bearnés se sintió desfallecer; pero esta vez era la esperanza y la gratitud las que producían su emoción.

— ¡Imbécil! — repetía enternecido. — Yo quisiera verle en mi lugar... Es decir, no, no quisiera verle porque... ¡Ah, sí! temo, señor caballero, temo querido Djaulia que lleguéis demasiado tarde.

En aquel momento Djaulia llegaba á la pendiente rocosa de que hablamos antes.

— ¡A los arcabuces! ordenó el jefe de los gendarmes.

Y volviéndose á los que rodeaban á Matraca añadió :

— Vosotros, aprovechaos de la salva para enviar al otro barrio á ese llorón. Apuntad bien, de modo que

no se nos escape ese infernal Sed de Sangre... ¡Fuego sobre los rebeldes!

Una vez más la semejanza existente entre nuestro caballero y el bandido Proteo valiale el honor de ser confundido con él y fusilado, no precisamente por su acción, pues nada había hecho, sino por el temor que su efigie inspiraba.

El estruendo de los arcabuces disparados cubrió el grito de agonía del pobre Matraca, al mismo tiempo que una nube de humo impedía ver cómo su cuerpo se balanceaba en el vacío.

Abierta la puerta, apeóse Sed de Amor, ató la brida de su caballo al anillo colocado á este efecto en la fachada y penetró en la morada del maestro de esgrima de la corte; en la misma sala de armas en la que vimos dialogar á Reinalda y Cortomontel. Este último habíase inclinado y permanecía en esta respetuosa actitud.

— ¡Cómo! — exclamó el joven al reconocerle. — ¿Vos aquí, barón? Según eso conocéis al maestro La Fraîcheur?

— Tengo ese honor, señor caballero.

— ¿Y qué hacéis aquí? ¿Tomáis una lección?

— No, señor caballero; os esperaba.

— ¿Que me esperabais?

— Como lo ois. El maestro está en París, y yo os esperaba aquí, en compañía de Reinalda.

La muchacha permanecía en éxtasis ante el que acababa de entrar. Había oído pronunciar su nombre.

¿Era pues aquel, el leonzuelo cuya presteza y ardor admirara ella tanto en el castillo de Briac, cuando tiraba ya como un maestro no obstante ser un aprendiz?

¡Cuidado si había crecido! Lo encontraba mucho más alto, y más fuerte, y más hermoso. En presencia de Bernardo se olvidó como por ensalmo, de su pasión por Cortomontel. Lo de siempre. Sed de Amor se apoderaba aquí como en todas partes de un corazón, sin percatarse siquiera de ello.

¡Reinalda! Cortomontel la había nombrado sin sospechar que su nombre pudiera merecer interés alguno á Bernardo. Y sucedió lo contrario. Aquel nombre despertaba en el caballero una serie de recuerdos; Briac, y el buen monje, y Barbotán, y el modesto cementerio en el que dormía la pobre víctima del 15 de Febrero...

— ¿Os acordáis de mí Reinalda? preguntó.

Bajó ella los párpados y dijo ruborosa :

— ¡Oh, sí, señor!

— ¿Me permitis que os abrace?

¡Que si se lo permitia! ¡Como que no deseaba más que eso! Acabar de formular él la pregunta, y arrojarle ella en sus brazos fué todo una misma cosa.

Y es de creer que los besos de otros tiempos revivieron al calor de los besos nuevos, hasta el instante en que Cortomontel se decidió á poner término á tan inútiles efusiones.

— ¡Reflexionad que estoy yo aquí! — dijo — y que no es que digamos muy airosa mi situación... Y ahora dígame, dígame el señor caballero si por casualidad

vió por ahí al canalla de *Diógenes*, á ese perro ingrato que fué mi fiel compañero de expediciones...

— ¿*Diógenes*? En efecto, barón; hay que felicitaros — dijo Bernardo — por haber educado con esmero á tan útil animal. ¡Es admirable, sencillamente admirable! Deshace un caballo de frisa como podría hacerlo un hombre.

El barón estaba enternecido :

— ¿Un caballo de frisa? — repetía procurando comprender. — Un nuevo regimiento sin duda .. Pero decidme, ¿dónde lo habéis dejado?

— Me abandonó para seguir al marqués.

— ¡Un marqués! — repitió el barón admirativo.

— No, me he equivocado, amigo mío; el nuevo amo de *Diógenes* es más aún que eso; es el señor Gaultfarrault, rey de Thunes...

— ¡El desgraciado se deshonor! exclamó con cómica conmiseración Cortomontel. — ¡*Diógenes* con ese odre viejo de la Corte de los milagros!

Y el gran barón de guardarropia que hubo de aprovecharse diestramente de las tiernas efusiones entre Bernardo y Reinalda para apoderarse con frescura de la espada y la daga que esta última le impidiera tomar poco antes de la llegada del caballero, añadió esta otra pregunta :

— ¿Es acaso que el barón Botan mi digno compañero, se ha afiliado también como *Diógenes*, á la truhanería.

— ¡El barón Botan! — repitió Bernardo perplejo. — En verdad que no sé de quién habláis.

— ¿De quién ha de ser ¡sangre de caracol! sino de vuestro simpático escudero?

— ¿De Matraca? Pues sólo faltaba eso : que le hubieseis sugerido la idea de ennoblecerse. No sé, debe andar por ahí cerca.

Cortomontel, que se había acercado á la puerta, detallaba, como aficionado y conocedor, las perfecciones de la yegua.

— ¡Soberbio animal! — decía. — Proporciones admirables; vigor y finura de remos... Pero, ahora que reparo... El gentilhomme del Prado de los Clérigos estaba bien vestido, mientras que ése... ¿Le habrá cambiado la ropa mi colega Matraca poniéndole uno de los jubones de que yo me servía?

Así diciendo adelantóse algo para examinar más de cerca el cuerpo colgado en el cuello de la yegua, que él creía ser el de Juan du Gaz; y que, como el lector recordará, era en realidad el de Jonás el estufista. Sed de Amor, distraído con Reinalda, no le veía. Húmedos los ojos de ternura, la muchacha preguntaba al caballero :

— ¿Ese Matraca de quien habláis es el mismo mozo que...

— El mismo, hermosa; aunque ha en gordado mucho. Prosiguiendo sus investigaciones, y persuadido de que el escudero de Bernardo había tenido la indelicadeza de cambiar de ropa al difunto Juan du Gaz, quiso tomar uno de los brazos del cadáver y retiró su mano con sorprendente presteza.

— ¡Está caliente todavía! — exclamó. — ¿Qué sortilegio es éste?

Y se entró de nuevo en la sala murmurando :

— Pueda yo arder por toda la eternidad, señor caballero, si la piel de ese bergante no es la de un herético pestilencial.

Algo molesto por las divagaciones del excéntrico ex bandido, Bernardo se encogió de hombros.

— Explicaos, barón, — dijo.

— Es muy sencillo ; ¿ cómo ha de estar en el paraíso el alma de ese individuo siendo así que su cuerpo humea todavía, ¡ misero de mí ! veinticuatro horas después de su muerte ?

— ¿ No ha de humear, si está vivo ?

Cortomontel dió un salto.

— ¡ Vivo el cadáver que el señor Matraca debía dejar en el Luvre !

Bernardo comprendió el error.

— Estáis equivocado, barón ; — explicó. — No se trata del mismo cuerpo. Ese que está ahí es el de un traidor que ha querido hacerme prender á cambio de una prima ; un miserable que habría podido perjudicarnos bastante si yo no hubiese tenido cuidado de retirarle de la circulación.

— Entonces el otro...

— El otro, — concluyó Bernardo — hace rato que viaja ; por lo cual supongo que debe ya hallarse cerca del patíbulo donde han de colgarlo.

— ¿ De Montfaucon ?

— De Montfaucon, sí ; pero... ¿ qué diablos os pasa á los dos ?

La mirada de Reinalda reflejaba en efecto el espanto,

mientras que el enorme corpachón de Cortomontel parecía sacudido por espasmos nerviosos.

— ¡ Ah, caballero ! ¡ Ah, señor ! Si al tal Matraca se le ocurre la desdichada idea de acercarse á las horcas...

— ¿ Qué, acabad ?

— Nada : que no lo cuenta.

En pocas palabras, rápidas y entrecortadas, el ex jefe de banda enteró al caballero de todo cuanto él mismo había sabido por las gentes que encontrara en su camino, especialmente de la marcha secreta de importantes fuerzas de policía con dirección al patíbulo... Escondido tras una pared en construcción había logrado sorprender frases cambiadas entre gentes del Prevostazgo ; tenían la misión de apoderarse de un ventrudo zagalón bearnés, de un muletero cuyas señas eran idénticas á las de Matraca, y ahorcarle en cuanto cayera en sus manos...

Acababa apenas de hablar Cortomontel cuando resonó gran estrépito en la calle. Era que Ripaudier, Nataniel, Cuello azul y Fargas bajaban la cuesta corriendo veloces y lanzando gritos de espanto.

De un salto púsose en medio de la calle el caballero los brazos en cruz cerrándoles el paso.

— ¡ Deteneos ! — les gritó.

— ¡ Gracia, gracia, señor ! — decían ellos.

— Respondedme ; ¿ bajáis de las horcas ?

— Sí, señor.

— ¿ Y el hombre del mulo ?

— Con nosotros estaba... No ha podido huir y lo están matando.

Libre el camino, los truhanes en derrota desaparecieron.

De pie en la calle, erguido, inmenso, Sed de Amor parecía un gigante. Sus negras pupilas iluminadas por los relámpagos de los grandes días de batalla llameaban imponentes.

— ¡Matraca es mi hermano! — rugió furioso. — Atacarle á él es atacarme á mí. ¡Guay de los esbirros! Desató febrilmente á Djaulia y saltó sobre la silla.

— Barón, — dijo — ¿me sois adicto?

— Hasta la muerte.

— ¿Tenéis una espada?

— Reinalda se ha servido ofrecermela una; — afirmó el audaz original.

— ¿Una daga?

— También se empeñó en que aceptara ésta...

— Bueno: montad en la grupa.

— Pero ¿y el cuerpo? — objetó Cortomontel. — ¡Tres hombres! Cómo ha de poder el caballo...

— Obedeced ¡voto al diablo! Djaulia sabe lo que es eso, y además este fardo puede sernos útil.

El barón obedeció, dudando mucho de que la yegua pudiese subir la cuesta con carga tan enorme.

No tardó en convencerse de lo contrario. Sed de Amor acababa de silbar.

— ¡Hop! ¡al galope! — dijo.

Y Reinalda apoyada en el quicio de la puerta, dilatados los ojos por el espanto y la admiración, pudo presenciar el espectáculo único de aquel caballo loco, relinchante de alegría, que distendiendo sus músculos

de acero transportaba con facilidad prodigiosa tres jinetes, dos de los cuales blandían sobre sus cabezas aceros centelleantes.

Los cascos del corcel herían el suelo con rapidez increíble; las piedras volaban silbando; huía el camino y en el polvo levantado por el viviente meteoro parecía como si el sol pusiese estrías de púrpura y partículas de oro.

De pronto, al dar vuelta al calvario, apareció allí cerca, gigantesca, la masa siniestra de las horcas patibularias en las que una nube de soldados de policía se encarnizaban contra un solo hombre.

Sonó un grito de cólera.

— ¡Ventre del diablo!

Y luego una voz de estímulo.

— ¡Hop! ¡Hop!

Enseguida las dos voces de mando del oficial, y el grito de agonía del paciente, y la horrisona detonación de los arcabuces, quedando envuelta la plataforma en espesa nube de humo.

Realizando un nuevo y poderoso esfuerzo, Djaulia escaló el macizo de mampostería, sumiéndose en la nube de humo de pólvora.

En las tinieblas de aquella noche ficticia se produjo entonces un indescriptible tumulto de gentes apaleadas, derribadas, pisoteadas, aplastadas por el choque irresistible del fantástico animal de cascos de hierro, de remos de hierro, de dientes de hierro.

De pronto cesó el tumulto, callaron los gritos, despejóse al humo. Y cuando los agentes del señor de Vi-

llequier y de la reina Catalina se levantaron molidos y maltrechos mirando en torno suyo, pudieron darse cuenta, con el natural estupor de la desaparición simultánea de los endiablados jinetes y del último ahorcado.

En cambio, bajo la cuerda cortada, y entre el perro muerto llevado allí desde Vincennes y el mulo de largas orejas dormido de cansancio, veíase el cuerpo de un desconocido que nadie sabía cómo llegara hasta allí. Era el cuerpo de Jonás, atado y amordazado, quien había cedido á Matraca su sitio en el cuello de Djaulia.

Y como para cumplir con su deber, los exentos, arqueros y gendarmes estaban en la obligación de ahorcar al prisionero que ellos hicieran, apoderáronse sin dificultad, puesto que estaba atado, del barbero estufista, y lo colgaron bonitamente.

De este modo el gran Jonás pagó por el ausente y ganó el cielo, ó por lo menos tomó el camino del mismo balanceándose al extremo de una cuerda.

X

EL MURO QUE ZUMBA

Acaban de sonar las tres de la tarde. Comenzaba el final de aquel día que fuera testigo de tantos acontecimientos casi simultáneos; la refriega de la calle del Pie del Diablo, el encuentro de Sed de Amor, Reinalda y Cortomontel en casa del maestro La Fraicheur, el regreso del gran marqués á su hotel coincidiendo con el de Gaultfarault á la Corte de los milagros, y por último el extraordinario rapto de Montfaucon del que el lector acaba de enterarse.

La marquesa María de Villanueva-Marsán se encontraba sola en la cámara misma en que la vimos rezar durante toda la noche primera de su llegada á París. Acababa de despertarse, tras un breve y agitado sueño, y recostada en el lecho hacía esfuerzos por calmar la agitación de su espíritu.

Cuando desde la ventana de su habitación pudo presenciar la llegada de su noble y desgraciado esposo,